

Mensajero del **Archivo Histórico**

de la

uia laguna

Dirección de Investigación y Difusión Editorial

Torreón, México. 30-III-2001. Buzones electrónicos:

archivo.historico@lag.uia.mx y sergio.corona@lag.uia.mx

Página web uia laguna: <http://www.lag.uia.mx>

ÍNDICE

página

número 24

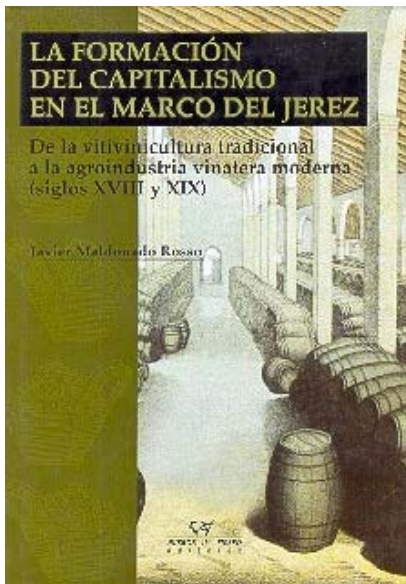
Noticias del Archivo Histórico	1
Ensayo histórico: la vitivinicultura parrense	3
Libros del Archivo Histórico UIA – Laguna	6
El Mostrador. El arte narrativo y la magia prosística de Ignacio Padilla	7
Bibliografía del Fondo Reservado	13

Coordinador del Archivo Histórico y editor de la revista virtual: **Dr. Sergio Antonio Corona Páez**
Alemania Argentina Brasil Canadá Colombia Chile España El Salvador Estados Unidos de Norteamérica Francia Guatemala México Noruega Reino Unido Uruguay Venezuela

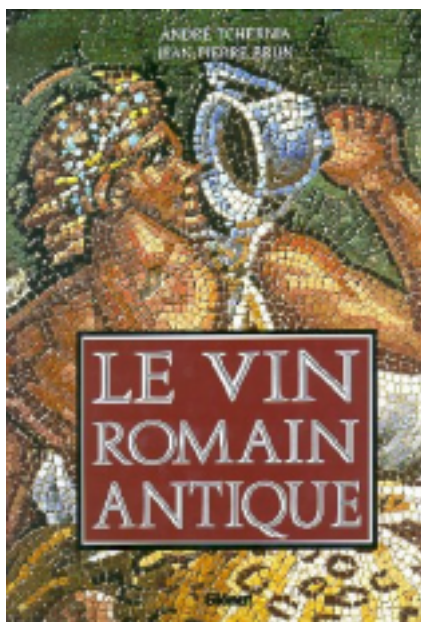
Noticias del Archivo Histórico

- Premios de Investigación histórica sobre la vid y el vino

En reciente comunicado, la prestigiosa **ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE HISTORIA Y CIVILIZACIÓN DE LA VID Y EL VINO**, con sede en Cádiz, España, ha dado a conocer los resultados de su certamen de obras de investigación correspondiente al año 2000. El jurado estuvo constituido por los señores **Alain Huetz de Lempz** (Catedrático Emérito de Geografía de la Universidad de Burdeos), **Ertan Anli** (Profesor de Historia de la Universidad de Ankara) y **Sergio Antonio Corona Páez** (Coordinador del Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana Laguna). Este jurado decidió por unanimidad galardonar las siguientes obras:



LA FORMACIÓN DEL CAPITALISMO EN EL MARCO DE JEREZ. DE LA VITIVINICULTURA TRADICIONAL A LA AGROINDUSTRIA VINATERA MODERNA. SIGLOS XVIII-XIX. Huerga y Fierro, Editores; Madrid, 1999.
 Autor: don Javier Maldonado Rosso.



LE VIN ROMAIN ANTIQUE. Éditions Glénat; Grenoble, 1999.
 Autores: Sres. André Tchernia y Jean-Pierre Brun.



STORIA DE LA VITE E DEL VINO IN SARDEGNA. Gius. Laterza & Figli Spa; Bari, 1999. Obra colectiva.
 Editores: Sra. Maria Luis de Felice y Antonello Mattone

- **Primer aniversario del MENSAJERO**

El Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana-Laguna se ha convertido —en relativamente poco tiempo— en uno de los lugares más importantes del quehacer histórico y literario de la Comarca Lagunera. Los resultados están a la vista en forma de emisiones de nuestra revista electrónica *Mensajero*, que con ésta nuestra vigésimo cuarta edición quincenal, cumple un año de vida. Resultados tangibles son también la implementación de proyectos de investigación, o bien, la edición de textos históricos a partir de manuscritos inéditos debidamente comentados. En este caso se ubica nuestra Colección Lobo Rampante, impresa y coeditada con el nombre de la Universidad Iberoamericana y el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, y que pone en alto el prestigio de ambas instituciones.

Estos y otros hechos confirman la vocación de la Universidad Iberoamericana-Laguna como institución —no tan solo propagadora— sino promotora de la obtención de nuevos conocimientos y difusora de cultura que en última instancia debiera ser la vocación de toda universidad o institución de enseñanza superior que se precie de serlo.

ENSAYO HISTÓRICO

VITIVINICULTURA PARRENSE

Sobre la vitivinicultura colonial en Santa María de las Parras, población que por entonces ostentaba el envidiable orgullo de constituir el mayor y más importante centro de producción agroindustrial de la región, se ha escrito bastante en lo general, aunque también es cierto que es mucho más lo que se ignora en lo particular.

Don Vito Alessio Robles, notable historiador coahuilense, nos refiere que el conquistador y pacificador de la Nueva Galicia y de la Nueva Vizcaya, don Francisco de Urdiñola, muerto el 4 de marzo de 1618, plantó viñedos en Parras, población en la que estableció además lagares (pisaderos o prensas para exprimir las uvas) y bodegas vinícolas.

Nos refiere el mismo autor que los habitantes de Parras se dedicaron con preferencia al cultivo de la vid y a la fabricación de vinos. Esto se debía — según el mismo historiador— a que los hombres del ya mencionado Urdiñola que se establecieron ahí desde antes de la fundación jesuítica del pueblo y misión en 1598, es decir, desde 1549 o antes, notaron que en el hermoso valle existían vides cimarronas o silvestres que crecían y se desarrollaban prodigiosamente, y que, de seguro motivados por ello, llevaron ahí los primeros sarmientos o cepas de la vid europea (*vitis vinifera*) y se dedicaron a la producción de vinos, por la gran demanda que éstos tenían.

En 1761, Parras fue visitada por el obispo don Pedro Tamarón, quien escribió en su memoria de viaje que el curato de Parras era el más Pingüe (es decir, el más redituable vía diezmos y primicias) del obispado de Durango de la Nueva Vizcaya; dato impresionante para la reconstrucción de la historia económica del Septentrión Novohispano si consideramos que dicha diócesis comprendía los actuales estados mexicanos y norteamericanos de Durango, Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Nuevo México y parte de Zacatecas, Coahuila y Texas, con una gran cantidad de poblaciones de economía agropecuaria y/o minera.

Este mismo obispo nos refiere que por entonces los vecinos de Santa María de las Parras sumaban 3,813 españoles y mestizos, y 1,599 indios (tlaxcaltecas en su inmensa mayoría) y que la población de vides ascendía a tres millones de cepas.

En 1761, el ingeniero Lafora visitó Parras en compañía del marqués de Rubí, y aquél asentó en su diario de viaje que en este pueblo de Santa María de las Parras se fabricaba un vino por lo general dulce, y muy buen aguardiente

Por su parte el célebre padre Morfi, capellán del Comandante de las Provincias Internas, el Caballero de Croix, recorrió la región a fines de 1777.

Al pasar por la hacienda de San Lorenzo, llamada también de Abajo, encontró la bodega muy bien provista de vino y de aguardiente, bebida ésta que se destilaba en 10 alambiques. El administrador le aseguró que ahí se beneficiaban 1,000 arrobas de vino y 700 de aguardiente, que rendían al dueño \$12,000 pesos anuales.

El mismo padre Morfi refiere que en la casa del administrador de los marqueses de San Miguel de Aguayo en Parras, había bodegas con 126 pipas y 175 barriles de aguardiente, para cuyo consumo mantenían en México un almacén. Refiere el padre que, según informes de dicho administrador, se cosechaban 12,000 canastos de uva, de los que regularmente se sacaban 1,000 arrobas de aguardiente y 2,000 de vino. Según la misma fuente, la producción del pueblo de Parras, aparte de la de los marqueses, era de 8,000 canastos de uva. Es decir, según esta fuente historiográfica —finales de 1777— de la producción total de uvas en Parras, que totalizaba 20,000 canastos, el 60% pertenecía a los marqueses, y el restante 40% a otros productores. Faltaría considerar la producción de lugares como San José del Álamo (Viesca), Por último nos dice don Vito Alessio Robles que los vinos de Parras Colonial se consumían en la América del Sur y Filipinas, y eran preferidos a los de España para el sacrificio de la misa. Con el cultivo de las vides y con el desarrollo de la industria vinícola, prosperaron otros cultivos como el maíz, trigo, frijol, frutas como el higo, nuez y otras industrias artesanales altamente remunerativas.

El español peninsular o criollo que poblaba las vastísimas tierras del septentrión novohispano, por razón de la alteridad cultural o bien la distancia física que el norte le imponía, buscaba de alguna manera recuperar o fortalecer los vínculos culturales que le ataban a su origen peninsular y que le daban sentido. Así, la toponimia misma de la región nos da cuenta de esta melancolía por el terruño, de este afán de reconstruir los orígenes sobre los

espacios de una tierra extraña: Parras -que jurídicamente, mas que orográficamente era llamada **Valle-** estaría en jurisdicción de la **Nueva Vizcaya**; su tierra será llamada **Pirineo**, se cosecharía trigo y, sobre todo se produciría vino. En la mentalidad española, el pan y el vino eran los alimentos de la cristiandad católica europea, y eran elementos preciosos, puesto que constituyeron la materia prima que Jesús santificó con sus manos para transformarlos en sacramento. El pan y el vino, a través de la misa, les ponía en comunión cotidiana con su Dios y con sus raíces hispánicas.

El otro protagonista, el tlaxcalteca, que era dueño de su tierra y que practicaba una agricultura que desde nuestro presente llamaríamos intensiva, no estaba en lo absoluto reñido con los conceptos anteriores. Con el español y tan católico como él, era el conquistador del norte hostil y se habría de convertir en el poblador que vencería al desierto transformándolo en un vergel. El pueblo tlaxcalteco-parrense reconoció el valor simbólico, cultural y comercial de la vid, y se convirtió en un ferviente productor y consumidor.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

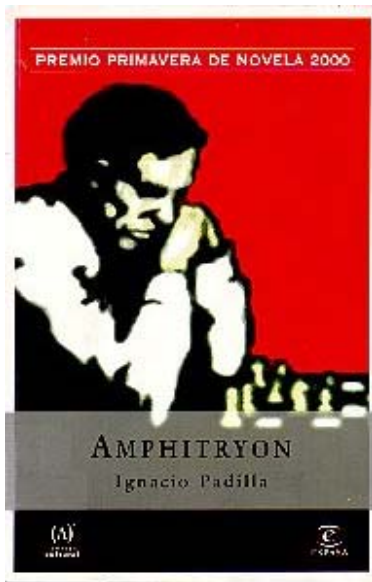
pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

Una disputa vitivinícola en Parras (1679).* Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. **\$ 35.00

Censo y estadística de Parras (1825).* Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. **\$ 35.00

**Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII*
Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila.
Paleografiado: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. **\$ 35.00**

EL MOSTRADOR



*EL ARTE NARRATIVO Y LA
MAGIA PROSÍSTICA DE
IGNACIO PADILLA*
PRESENTACIÓN POR
JAIME MUÑOZ VARGAS

En uno de sus textos más citados —“El arte narrativo y la magia”—, Borges condensa con asombrosa claridad algunos recursos que, según su apreciación, le son caros a toda novela bien nacida. Aunque el género es polimórfico, infinitamente complejo, hay algunas características que pueden ser útiles para medir la calidad de una ficción novelesca. Una de ellas, acaso la más importante para el autor de “El Aleph”, es aquella que permite vislumbrar en el texto la causalidad de las peripecias. Borges lo expresa mejor que nadie: “Esa peligrosa armonía, esa frenética y precisa causalidad, manda en la novela (...) [que] debe ser un juego preciso de vigilancias, ecos y afinidades. Todo episodio, en un cuidadoso relato, es de proyección ulterior”. Este remate borgiano, digno de ser considerado una ley en el arte narrativo, vale enteramente para la novela *Amphitryon*, obra ganadora del cuarto premio

Primavera 2000 convocado por la editorial Espasa y libro cuyo artífice nos acompaña en esta Feria.

Ignacio Padilla, autor de *Amphitryon*, nació en México, D.F., en un año tristemente memorable: 1968. Su carrera académica, tan vertiginosa como la literaria, incluye estudios de comunicación y literatura en México, Sudáfrica y Escocia, además de un doctorado por la secular Universidad de Salamanca. A los 32 de su edad ya tiene una friolera de títulos capaz de intimidar a un cincuentón: las novelas *Imposibilidad de los cuervos* (1994), *La catedral de loa ahogados* (1995) y *Si volviesen Sus Majestades* (1996); los libros de relatos *Subterráneos* (1990) y *Últimos trenes* (1996), y las novelas para niños *Los papeles del dragón típico* (1993) y *Las tormentas del mar embotellado* (1996). Ha sido galardonado con media docena de premios nacionales: el Alfonso Reyes 1989, el Juan Rulfo para primera novela 1994, el Juan de la Cabada 1994, el José Revueltas de ensayo que recibió el año pasado en Gómez Palacio. Tuvo además bajo su custodia la envidiable jefatura de la edición mexicana de *Playboy* y yo lo tengo muy presente por su infatigable columna “El baúl de los cadáveres” publicada semanalmente en el suplemento *sábado* del periódico *unomásuno*. Todo eso, más lo que ignoro, apenas en escasos 32 años. Como de su coetáneo y amigo Jorge Volpi, muchos todavía se preguntan a qué edad nació Ignacio Padilla.

Pero toda esa trayectoria, ya de por sí pletórica de logros, ha sido coronada recientemente por un cuadrangular literario cuya mayusculidad se convirtió de golpe en pasto de la numerosa admiración y, por qué no decirlo, de la no menos abundante envidia. En una comarca como la lagunera, tan alejada del bullicio y de la falsa sociedad, enunciar los blasones de Padilla parece casi una ficción. Créanmelo: en efecto, Padilla tiene 32 años aunque por su palmarés parezca, a lo menos, un señor de cincuenta y con hijos en la preparatoria.

Miembro del *crack*, Padilla es junto con Jorge Volpi uno de los integrantes más conspicuos de este grupo de narradores mexicanos nacidos a finales de los sesentas. Gracias a su actitud abiertamente opositora de lo que podríamos llamar las excrecencias del realismo mágico, los crackeros han conformado una especie de nuevo *boom* que, entre otras cosas, ha sacudido el tapete narrativo de México. Luego de escribir y publicar durante casi diez años, Volpi y Padilla lograron agenciarse dos premios de tronido; respectivamente, el Biblioteca Breve con *En busca de Klingsor* (1999) y el citado Primavera con *Amphitryon* (2000). Ambos galardones, insisto, se suman a la cuantiosa lista de títulos incubados al interior del *crack*, pero es notorio que hasta el momento son los dos libros determinantes para la afirmación en el mercado editorial europeo y norteamericano no sólo de este grupo, sino de toda la narrativa joven mexicana y, me atrevo a pensarlo, de buena parte de la latinoamericana.

Todos los integrantes del *crack* han opinado sobre su pequeño conglomerado. Urroz, Palou, Chávez Castañeda, Soler Frost, Volpi, Padilla y algún otro que se me olvida han expresado varias veces su razón de ser, sus motivaciones, incluso parte de su *ars* novelística. Independientemente de lo que afirmen, independientemente de que convenzan o no con las frecuentes entrevistas que ya les demandan, lo importante es el resultado literario —literario— de esta generación. Ganar premios, lograr publicaciones y becas, atraer entrevistas y flashazos, encabezar la “invasión azteca” en España, todo eso a la distancia parece sólo el producto de la mercadotecnia que hoy es inevitable condimento del negocio editorial, pero da la impresión asimismo de que no hemos atendido con cuidado aquellas palabras que hace dos o tres años publicó *Reforma* y que ahora cito de memoria: “nosotros sí escribimos”, decían en una entrevista colectiva los militantes del *crack*, y lo recalcan con la certeza de que en México, y quizá en otras partes, muchos escritores

practican —como sostenía Reyes que sostenía Rémy de Gourmont— el curioso hábito de no escribir. Los crackeros, esto es incontestable, han tenido la buena costumbre de ser prolijos, se podría afirmar que hasta precozmente fecundos, y a eso han sumado estándares de calidad que apenas pasados los treinta años ya se abrieron cancha en toda Europa y se convirtieron en literatura mexicana *for export*. De entrada, eso me parece un mérito que el canibalismo literario *Made in Tenochtitlan* —uno de los timbres más jocosos de nuestro pintoresquismo— tardará un buen rato en digerir.

Pero no se piense que el *crack* avanza solo. Ellos son, es cierto, un ariete, la punta de la lanza en estos años de atención a nuestras letras. Junto con los Padillas y los Volpis hay muchos escritores que todavía no han roto la gran piñata, pero que ya urden una obra tan amplia como sólida. Esto, me parece, es uno de los logros más encomiables de los crackeros: ellos, como en la competencia de caminata, han dado el jalón importante que necesita la narrativa mexicana para figurar más allá de la aduana de nopal. No reconocer esa tenaz hambre de triunfo me parece uno de los gestos menos solidarios de quienes sólo ofrecen indiferencia o tirria donde deberían mostrar, mínimamente, la aceptación de que los jóvenes del *crack* han hecho más que bastante por la nueva narrativa mexicana.

En este escenario —para decirlo con la siempre renovada jerga de los politólogos—, ¿cuál es el sitio que merece *Amphitryon*? Mi juicio importa poco, pero no quiero regatearlo. La más reciente novela de Ignacio Padilla es quizá el punto más alto que hasta la fecha han conquistado los correligionarios del *crack* y, de paso, uno de las cimas en la más reciente promoción narrativa de México. Esto lo afirmo por mi propio examen, claro, pero siento que por lo menos Palou y Volpi han aceptado explícitamente —sobre todo el primero— que la configuración de esta novela aduna con fuerza espectacular esos dos planos que implica toda obra verbal: la forma y el

contenido. En la presentación de *Amphitryon* en Madrid, Pedro Ángel ha observado que “Hay narradores de ornamento, por decirles de alguna manera, en que la forma lo es todo y el fondo es apenas un pretexto para dejarse oír. Hay, también, escritores del fondo que balbucean, dejan de cantar y, yermos, se olvidan de la poesía. En muy pocos fondo y forma —las dos sonoridades— se escuchan como si fueran la misma cosa. Con este magistral logro saludo y brindo por *Amphitryon*, el portento narrativo de Ignacio Padilla”. Hasta aquí Palou. Por otra parte, una declaración de Volpi, más sintética, señala que con la obra premiada entre 460 enviadas al certamen de Espasa, Ignacio Padilla demuestra que es el estilista de la generación, dictamen que uno puede suscribir después de leer cualquier página de *Amphitryon*.

Puede parecer simplista —esta es la presentación de una conferencia que sustentará Ignacio Padilla, no mi tesis de maestría—, pero *Amphitryon* es una escrupulosa amalgama de historia bien trenzada y de prosa estupendamente pulida. Fiel a su consigna de renunciar al realismo mágico que después de los gigantes Rulfo y García Márquez devino ensalada de color local, turismo folklorista y magia chafa, Padilla hunde su imaginación en una realidad que es ajena a los mexicanos, sí, pero que él logra reconstruir con una solvencia digna de un premio como el Primavera (por cierto, de lejos, de muy lejos, no sé por qué *Amphitryon* me recordó mi ya lejana lectura de *Morirás lejos*). Hipnotiza de veras el magistral suministro de cautelosas peripecias, la dosificación de datos que nos acercan los pormenores que después aparecerán como huellas con impecable “proyección ulterior”, las claves de un edificio narrativo construido impostura tras impostura, persecución tras persecución, palabra tras palabra, hoja tras hoja, todo eso sin que el estilo disuene un solo momento, sin estropear nunca una cadencia prosística que muchos han querido emparentar, no sin razón, con la

del Borges que se refociló en la escritura y en la traducción del cuento policial.

Ceñido siempre, pues, a su divisa de que “En la actualidad la patria del escritor es el mundo entero” y por ende todos los temas son universales, *Amphitryon* está armada de cuatro capítulos y un colofón. Este apéndice es una especie de mínima teoría de la novela apellidada “histórica” y plantea fundamentalmente que este tipo de ficciones aprovecha las oquedades de la historiografía, aquellas lagunas que escaparon al discurso oficial de la Historia con mayúscula y que el novelista puede llenar con el torrente de la imaginación. Es también una breve descripción de lo enredado que quedaron las máscaras y los seudónimos de los matones nazis tras la derrota germana en la segunda mundial. Punto vertebral de la historia que traza Padilla es la cacería emprendida contra Adolf Eichmann, sujeto que se encargó de lubricar la máquina de exterminio contra los judíos y que supuestamente años después, a principios de los sesentas, fue despachado al más allá en una enfurecida horca de Tel Aviv.

No demoro más la participación de Ignacio Padilla en este foro. Me parece que, deshilachadas y todo, mis palabras quieren describir con justicia a un joven escritor que, ya en las cumbres de la narrativa castellana, apenas comienza su escalada. Por esta razón es válido preguntar una y otra vez: ¿a qué edad nació Ignacio Padilla? ¿Qué cimas hay que localizar cuando ya se ha visitado la cúspide? No es aguafiestismo, pero el propio Padilla se ha impuesto su propia prueba de lumbre: superar *Amphitryon*. Eso es harto difícil pero esperamos que, talento mediante, de veras, lo logre.

Texto leído la Feria del libro de Torreón 2000 organizada por la UIA Laguna. Padilla habló sobre su generación y sobre *Amphitryon*, novela publicada por Espasa, México, 2000, 219 pp.

BIBLIOGRAFÍA DEL FONDO RESERVADO



NUEVO CURSO COMPLETO DE GEOGRAFIA UNIVERSAL. Física, histórica, comercial, industrial y militar. Por Balbi et al. Para uso de los nuevos estados americanos. Con un resumen preliminar de Geografía antigua y sagrada por A. Sánchez de Bustamante. Dos tomos. Librería de Rosa. París. 1844.